

Soy Gustavo Gennuso, ingeniero nuclear y emprendedor social. El ocho de diciembre del dos mil quince asumí la intendencia de la ciudad de Bariloche y goberné por el término de dos mandatos. Quiero compartirle mis aprendizajes. Estas son mis historias. En este episodio hablaremos de lo que implica la figura del municipio o del Intendente frente a lo que pasa en la ciudad.

Cómo se lo responsabiliza de todo lo que pasa, sobre todo de todo lo malo que que pasa, aun cuando institucionalmente no tenga nada que ver. Y se los voy a contar en un hecho muy simbólico para mi ciudad y qué es lo que aprendí de ese hecho. Por eso nombraremos a este episodio como el karma de Mitre o el Intendente siempre tiene la culpa. Soy realmente apasionado de la gestión de gobierno y todo lo que se puede transformar desde ese lugar. Por eso, estos ciento un tips para gobernar.

El karma de Mitre no tiene nada que ver con la batalla de Pavón, aunque algún amante de la historia podría pensar lo contrario. No. Aquí hablamos de la calle Mitre, el corazón de mi ciudad. Mi esposa, que es mexicana y tiene un ojo clínico para las curiosidades argentinas, siempre me dice que en este país no hay ciudad que no tenga su calle céntrica o muy céntrica, San Martín, Belgrano y, claro, Mitre. Moreno y Sarmiento también asoman, aunque nunca se quedan con el protagonismo o muy raras veces, y, por supuesto, una veinticinco de mayo o una nueve de julio siempre aparecen como calles en una ciudad.

En mi ciudad, la calle Mitre no solo es la arteria principal, sino que es un microcosmo en sí mismo. Eso sí, una pequeña rareza es que no está en el centro geográfico, aunque se le diga la calle del centro, sino en el extremo norte, que nuevamente la gente asocia centro como la calle comercial más importante, ¿no? Turistas de todo el mundo la recorren a diario, y su estado y su estética siempre fueron y son temas de discusión. Ahí están las chocolaterías más famosas, los comercios más históricos, los hoteles conocidos, y también ahí está el dolor de cabeza para cualquier intendente. Por eso hablaremos ahora del inicio de una obra que era el sueño de todos.

Allá por el dos mil siete, entre los convenios del BID, del Banco Interamericano de Desarrollo para Obras Turísticas, la provincia decidió incluir la refuncionalización de la calle Mitre. Palabra rara, la tuve que decir despacio, refuncionalización. Dice muchos y, la verdad, sin decir nada. El BID, el Banco Interamericano de Desarrollo, destinó un monto de seis millones de dólares para esa obra, y el plan era renovarla, semipeatonizarla y convertirla en un icono urbano. Hasta aquí, todo suena suena a un sueño colectivo, ¿no?

Primero hubo que armar el proyecto técnico con la participación activa de comerciantes y empresarios de la zona, y así, entre reuniones, idas, vueltas, el tiempo se fue dilatando y pasó un gobierno municipal, pasó otro y nada. Hasta que el BID perdió la paciencia, o arrancan la obra o se cae al financiamiento. Por eso,

finalmente, en noviembre de dos mil quince, la obra estaba licitada. Un mes después, asumí como intendente, y apenas entre estrenado el cargo, nos pidieron autorizar el inicio, quien nos lo pide la provincia, que era la que llevaba adelante la obra, la responsable. Era enero, altísima temporada, mucho turismo por todos lados turistas.

Y entonces, ¿postergar la obra? Ni pensarlo. Era una demanda histórica, y yo ingenuamente, muy ingenuamente, creí que todos estarían dispuestos a convivir con la molestia, ya que era una obra muy requerida. Gran error, se desata el caos. Corte de calle, derribo de vallados, manifestaciones frente al municipio, gritos y reclamos que harían sonrojar al mismísimo Mitre.

Y fue ahí cuando aprendí una primera lección. La gente elige a sus gobernantes o a sus líderes para que hagan cambios, siempre y cuando esos cambios no los afecte a ellos. Eso es muy claro cuando uno, permítame agregarme un minuto, cuando uno cambia la circulación de una calle, y uno lo hace pensando en el bien común, cómo va a circular mejor el tránsito, y ve enseguida que los vecinos de cuadra se convierten en los peores críticos, porque nunca pensaron que ese cambio, para mejorar el tránsito, los iba a involucrar a ellos. Y lo mismo pasó con la calle Mitre. Después de muchas discusiones, discusiones que llevábamos adelante nosotros, y no éramos los responsables de la obra, llegamos a un frágil consenso.

Enero y febrero serían meses de tareas preparatorias, y la obra grande, la importante, donde había que intervenir mucho, comenzaría en marzo. Y aquí viene, y ya se lo había adelantado, mi segundo aprendizaje. Lavarse las manos es un arte muy practicado en la política. Es el arte de Poncio Pilatos. La obra era provincial, pero la bronca de la gente caía sobre el municipio, porque ¿a qué lugar de la provincia iba a ir?

¿Y los responsables provinciales? Bien, gracias. Resguardados a casi mil kilómetros de nuestra ciudad, mientras nosotros poníamos la cara sin tener ninguna responsabilidad sobre el hecho ni tampoco una podíamos dirigir a la empresa porque no éramos los responsables. Pero, bueno, marzo llegó y la obra finalmente arrancó. No sin dramas, no se crea.

Nos decían, esperen hasta después de Pascua, porque en Pascua siempre viene mucha gente también, pero era un pedido imposible. El invierno se acercaba y con él, el mal tiempo, nevadas, heladas, lluvias que paralizan cualquier proyecto a cielo abierto. En ciudades como las nuestras existe lo que se llama la veda invernal, donde no se puede construir a cielo abierto. Pero faltaba, había un golpe más, el golpe final. Una noche, a poco de empezar, con solo el veinte por ciento de la hora ejecutada, la empresa contratista se retiró.

Así sí, como lo escucha, de noche, sin decir nada. Dejó la calle rota, había alcanzado en ese veinte por ciento romper toda la calle para hacerla de nuevo. La dejó vallada y

al municipio enfrentando el caos. La culpa, por supuesto, también era nuestra, pese a que, como le decía, no teníamos mucho que ver. Frente a todo ese problema, con el invierno acercándose, y el invierno para nosotros significa mucho ingreso de turistas, solicité a la provincia hacer arreglos provisorios para reabrir la calle, provisorios, dejarla como transitable para para esperar la gran obra.

La burocracia del BID fue lenta hasta que nos autorizó muy sobre el invierno. Intervenimos y eso desató un mito, el primer mito, están haciendo la calle mitre dos veces, alejado de la realidad, porque en realidad lo único que queríamos era ponerla, más o menos, presentable para el invierno hasta que vengan la verdadera obra. Y eso tardó mucho tiempo. Pasó ese invierno, pasó el verano y, con los meses, con muchos meses de larga burocracia, la obra fue autorizada para licitarla nuevamente por parte de la provincia y poder empezarla. Pero ahí sí, exigimos tener el control, que el municipio sea alrededor de la obra y que supervise la obra.

Nos costó mucho, mucho, y llevó, alargó el tiempo de la burocracia porque no era algo que estaba previsto en los en los condicionamientos del BID, pero lo pusimos como condición muy firme, porque sabíamos que igual nos iban a echar la culpa a nosotros. Entonces, queríamos superversarla. Y, esta vez, nos lo permitieron y nos aseguramos de que cada detalle fuera supervisada por un equipo municipal y que tengamos intervención, que podamos decir esto está bien, esto está mal. Tanto, que algunas cuadras hubo que rehacerlas porque estaban mal terminadas, y ahí nació el segundo mito. Hicieron la calle Mitre cinco veces, muy agitado claramente, por la oposición.

¿Qué lección aprendimos aquí? Que siempre la culpa es del Intendente, aunque la obra sea responsabilidad de otro estamento del Estado. Hoy, cuando camino por la calle Mitre y la veo lleno de turistas, me siento orgulloso. La obra quedó bien, los locales están activos, aunque curiosamente muchos de lo que exigían la renovación de los comerciantes de la calle Mitre nunca cumplieron su parte de mejorar las fachadas, de mejorar el frente de sus de sus comercios. A veces, al Estado se le exige mucho, pero no hay contraparte.

La otra lección de esta historia es simple. En las ciudades, el intendente es el padre eterno, todo es su culpa, hasta lo que no depende de él. Por eso, si algo no es tu responsabilidad, más vale que tengas presencia activa, porque cuando las cosas salen mal, todos vendrán a golpear la puerta del municipio. Pero, bueno, así la calle Mitre pasó de ser una obra añorada, un tema que nunca voy a olvidar, pero que tuvo recompensa. Una ciudad un poco más linda y, creo yo, un intendente un poco más sabio.

Aquí termina esta historia. Muchas gracias por escucharnos. En la descripción del episodio disponen del link a la página Gustavo Genuso punto com, donde encontrarán información de gran utilidad, propuestas de formación y capacitación y

muchos tips para gobernar. Hasta la próxima y no se olvide que Camino se hace al andar. Caminemos.